

con todas mis fuerzas y me dijo... Fué día muy hermoso ese de Santa... Santa... ¿Santa qué?

— Santa Loreto, hombre.

— ¡Qué Santa Loreto ni qué mi abuela!

— Santa Loreto, digo.

— No hay tal Santa Loreto...

— ¡Que sí! gritó el otro poniéndose fosco.

— ¿Sabes una cosa? preguntó Olivos.

— ¿Cuál?

— Que yo te he leído en alguna parte...

— ¿Qué dices?

— Que te he leído en alguna parte... En aquel libro ¿te acuerdas? grandote forrado de rojo y con unos muñecos vestidos de soldados... Se llamaba... se llamaba...

— Tú estás tonto, dijo Chastel soltando el brazo de su nuevo amigo.

— Espera, espera,... aquí tengo el nombre... *La dama de Monsoreau*... No, no; ¿*Las mil y una noches*?... Creo que sí... aunque no... Es... la *Historia de Napoleón y del Grande Ejército*... El libro más lindo que hay en el mundo.

— ¡Bah, hombre, bah! dijo el otro lisonjeado. ¿Y á quién me parezco?

— Te pareces al gallardo Murat.

— ¡Qué cosas tienes!...

— ¿Y no se te figura que el tal Murat con todo y su gallardía era un grandísimo canalla?

— Hombre, hombre... reparó el francés dándose por ofendido.

— Sí, un canalla... Haber traicionado al Emperador, que era lo más bueno.

— El Emperador... No me digas...

— Que no te diga... ¡Si serás tú de los enemigos del grande hombre!...

— Estás bebido.

— Mira, esa injuria no la tolero... Bebido yo... Si apenas me he tomado tres vasos de coñac, dos de refino, tres de mistela, uno de vino de Jerez...

— Para, para en la lista.

— Yo no tolero que me digas que estoy bebido.

— Te lo digo porque lo estás.

— ¡Eres un bellaco!

— Y tú un...

— Te voy á sacar con toda limpieza el gañote con que has pronunciado esa picardía...

— Quisiera verlo.

Y Francisco, empinándose en la punta de los pies, asestó al sargento una bofetada que resonó un gran espacio.

— ¡Ah, ladrón infame, voy á escabecharte! vociferó Chastel echando mano al chafarote.

— ¿Qué sucede aquí? gritó Campardon apareciendo de repente. ¡Habrás visto chiquillos!... Tú te vas por aquí...

y tú te vienes conmigo... ¡Muy bonita cosa! Golpearse así los amigos...

— ¡Le voy á matar!...

— Déjele usted venir, *père* Campardon, que con mis puños me basta, rugía el de Olivos apoyado contra el muro y sin poder moverse, pues sentía los pies como clavados al suelo.

Marchó Francisco del brazo del buen franchute, no sin echar injurias y venablos en que iban reunidas todas las cosas del mundo y otras muchas más. Chastel se fué por otro lado ofreciendo muertes y venganzas, pues creía que aquella bofetada tenía que lavarse con sangre.

Al llegar Olivos al grupo á que le llevaba Campardon, vió un lugar que no conocía y que le produjo una sorpresa grandísima. Era un enorme circo, un estadio inmenso, en que se miraban las ruinas más extravagantes que pudiera concebir la mente humana. Abajo, parecía que hubiera brotado un volcán que levantara el suelo encrespando, deshaciendo, martirizando y rompiendo la vieja superficie: todo era hoyos, vallados, eminencias, rocas y superposiciones. Arriba, iluminadas por la luna roja que asomaba tras de los montes, tapias destruídas, muros hechos pedazos, una piedra saliente que parecía el colmillo de un monstruo antediluviano, unos paredones escuetos que semejaban árboles recortados, más lejos una aglomeración de pedruscos que terminaba en una

meseta, y en el remate un montón de tierra que por casualidad llevaba en la cima la efigie de algún santo ladeado y como borracho: la figura tenía en la mano algo como estandarte, como pendón, como bandera, que se recortaba en el azul sin mancha del cielo.

Entonces, inspirado por aquel espectáculo de muerte, el viejo Récal rompió á cantar su desmadejada y triste cancioncilla:

Les zouaves ne sont que des chacals...

pero sacándole á la voz tales inflexiones de tristeza, de horror, de compasión, que parecía realmente el aullar de los chacales en rededor de la caravana errante.

Pancho no recordaba ni una palabra de su francés de *carreta carreta*: sólo le ocurría, mirando á la luna y oyendo aquellos gritos de fiera encerrada bajo los hierros, corear la canción con las coplillas que habían arrullado su infancia:

Luna, lunera,
Cascabelera,
Coge tu libro
Y vete á la escuela...

Allí está la luna
Comiendo su tuna
Y echando las cáscaras
Para la laguna...

Y aquellas frases sin sentido le henchían los ojos de un humor líquido y tibio que se le resbalaba por las mejillas y le caía en la boca produciéndole una sensación salobre y grata.

A poco penetraron al punto de reunión cinco ó seis figuras de lo más extraño: las cuatro ó cinco vestían de charro al uso de nuestros guerrilleros: muchas barbas, muchas chivarras, muchos sombreros jaranos, mucho estrépito y mucha gritería; la otra era la de un curita al estilo francés, con la sotana pegada á los riñones, el alzacuello como corbata mundana, el sombrero de teja y los zapatos bajos dejando ver la media de lana negra.

—Hola, compañeros, entraron diciendo los chaquetudos.

—Salud, monsieur l'abbé, gritaron los que estaban dentro.

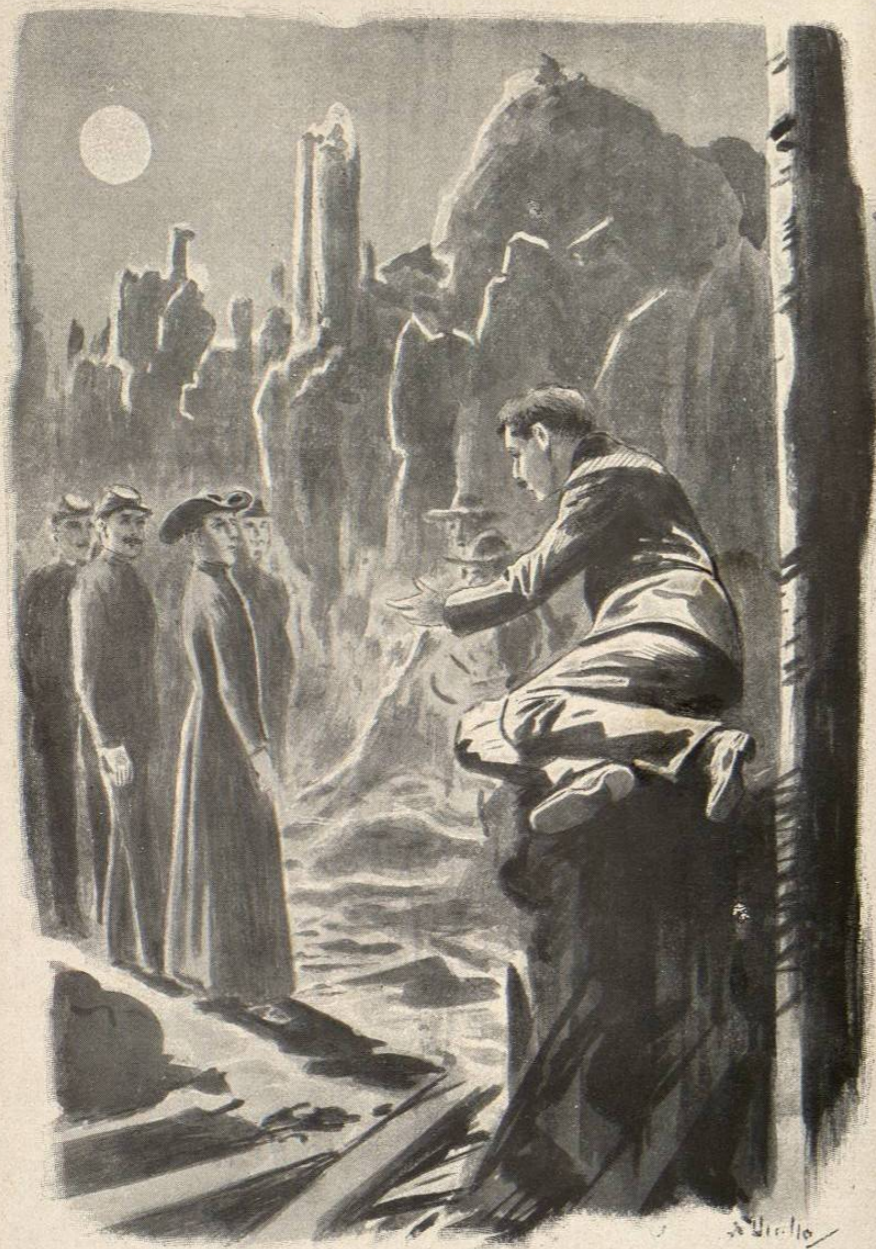
—Bienvenido el señor abate Testory, capellán mayor del ejército.

—Muy felices noches, hijos míos, dijo contento el padrecito.

—Parece que se pasa el rato, señor cura, exclamó con sorna Campardon.

—Se hace lo que se puede... Iba para mi alojamiento cuando me topé con estos amigos, y ellos me trajeron por aquí, á los caminos del mal y de la iniquidad...

—Pues á tomar este vasito de coñac, padre.



— ¿Honosres á estos villanos? No espere usted...

— A vuestra salud, hijos míos... Pero ¿qué, no habéis reparado en que traigo compañía? Son amigos á quienes aprecio mucho...

— Mejor, padre; beberán con nosotros.

— El señor coronel Ortiz de la Peña, el señor coronel Lamadrid, el señor teniente coronel Ordóñez...

— ¿De los sitiados, eh? dijo Récal guiñando el ojo.

— No, señores, no, nada de sitiados; de los sitiadores, de nuestros amigos... Les debéis honores militares, y si antes no se los habíais rendido porque ignorabais su grado y su calidad, ahora os excito á que les saludéis guardándoles las consideraciones que merecen por su rango.

Todos quedaron silenciosos; pero Pancho Olivos se alzó de un capitel en que yacía, semejante á Mario ante las ruinas de Cartago, y dijo con lengua estropajosa:

— ¿Honosres á estos villanos? No lo espere usted, señor arzobispo, ó señor arcipreste ó señor archipámpano... ¿Por quién toma usted á sus paisanos? ¿Cree que van á rendirles á unos judas más indecentes y más renegados que el otro que entregó al Señor?... Decididamente, usted no sabe lo que se pesca, señor abad mitrado ó desmitrado, que no sé cómo andará usted...

— ¿Qué dice ese insolente?

— Dice, observó Récal, lo que todos nosotros decimos: que no hemos de hacerle honores á bandidos.

— Sosegaos, dijo Testory poniendo paz y dirigiéndose

á sus alebrestados acompañantes. Yo arreglaré todo... Sabed, por si no lo sabéis, que estos caballeros están á sueldo del Emperador, y que en nuestra patria se ha reputado siempre igual á nuestro ejército al ejército auxiliar extranjero...

— ¡Farsas... mentiras!...

— Me estáis faltando...

— Yo no tengo superiores con enaguas...

— ¡Zuavo!

— ¡Cura!

— Te puedo enviar á consejo de guerra.

— Y yo iré encantado al tal consejo, por haber dicho la verdad.

— ¿Cómo te llamas? ¿A qué cuerpo perteneces?

— Averígüelo usted que á mí no me toca decírselo.

— Nos veremos...

— *Qui se ressemblent s'ensemblent*, exclamó sentenciosamente Récal señalando al cura y á los mochitangos, que salían echando chispas.

Los que en la reunión estaban más en sus cabales hicieron que se escapara el viejo zuavo, que se marchó dando tumbos por las calles desempedradas y llenas de hoyancos, y mientras la avinada reunión se dispersaba llena de alegría, Olivos era conducido del brazo y con aspecto de moribundo á la casa de Campardon.

Pancho, el pobre, se imaginaba que habían concluido

para él las leyes de la gravedad. Sentía el suelo como si fuera de espuma y los pies como si fueran de viento; en cuanto á las demás partes del cuerpo, piernas, tronco y brazos, le parecía que se los habían cortado de raíz. Ni aun la cabeza estaba en corriente, pues la sentía unas veces cual si fuera de plomo, ligera otras como si fuera de pluma, fría, ardiente, crecida ó pequeña.

Al acostarse en el lecho tuvo un gran bienestar; sólo le ocurría dolerse de no haber muerto á Chastel y de no haber hecho tiras á los mochos de Ortiz de la Peña... Luego se acordó de la preciosa y romántica Violette, la hija del francés, y comenzó á llamarla quedito, quedito, sintiendo que se le minoraba con aquello la inmensa opresión que le fatigaba...

— Violette, Violette, repetía, encontrando en las sílabas de aquel nombre un sabor nuevo y exquisito.

Al fin se sentó, dejando caer la barba sobre el pecho y conociendo que algo grave le pasaba: un impulso que le venía del estómago, que le acometía por la garganta, que le reventaba por todo el cuerpo impidiéndole cualquier movimiento ordenado y que le obligó á inclinarse fuera de la cama. Allí arrojó cuanto tenía en el vientre, y junto con el vinazo de que le habían repleto los franceses, su odio por Chastel (el bello Murat) y su amor repentino por Violette... Al día siguiente le despertó una voz antipática y fastidiosa.

— Tero, qué tasa, catitán? Torfirio atregunta y tregunta tor su ayudante y ni quien le dé razón...

— ¡Ah, es usted, señor Boldi! dijo Olivos al ver á un viejo gordo, calvo, con sonrisa de idiota y ojos papujados, que andaba con los pies hacia afuera como los pericos sueltos en los balcones.

— Allá voy, gritó levantándose y estirando los miembros con una lasitud espantosa.

— Tues ándele, Tancho, ándele, catitán, dijo el barrigudo, que tenía, entre otros mil, el defecto de pronunciar la te por la pe.

Y Pancho, tras un tocado sumarísimo, salió para la casa de Inzunza, donde estaba preso el jefe. Experimentaba esa rarísima sensación que sufre quien duerme diez ó doce horas de un tirón y se levanta bruscamente después del medio día.



CAPÍTULO II

Los prófugos

EL temporal recién transcurrido había puesto á Pancho en rara situación: en el cuerpo un desmayo, una lasitud y un destroncamiento que le hacían verlo todo gris, desteñido y triste; en el alma un inmenso, un inacabable deseo de decirse á sí mismo injurias y reproches.

Además, cuando trató de arreglarse para la salida, no encontró su quepis y tuvo que ponerse un sombrero ancho que rodaba por allí, tapándose con un horrible *plaid* á cuadros que cubría honradamente una cama de las francesas. Ponía el pie en la escalera cuando le atajó el paso Campardon en persona, ya limpio, rasurado, con el rostro placentero y la mirada brillante de quien ha dormido diez horas sin mover pie ni mano.